

Jürgen Habermas

**Crisis del capitalismo tardío
y posibilidades de la democracia**
Entrevista de Angelo Bolaffi

—*Se está discutiendo mucho acerca de la naturaleza y las causas de la crisis que actualmente perturba a todos los países con un desarrollo capitalista elevado. Veamos si es posible definir las características estructurales de la misma y hacer un primer balance de los cambios que entraña.*

—En líneas generales puede decirse que la crisis económica se ha agravado. En la actualidad todo el mundo sabe que no nos hallamos ante una recesión breve y que la desocupación continuará siendo problema hasta la próxima década. Éste es, por cierto, un hecho evidente. Ahora bien, lo que en este contexto interesa es la reacción que frente a dicho fenómeno se produce en la conciencia de los trabajadores; en Alemania la crisis tiene un efecto disciplinante: en el marco, o, para decirlo mejor, sobre la base de la seguridad social garantizada por la ley se ha logrado, evidentemente, cortar *in nuce* el surgimiento de reacciones de protesta. Este es un hecho que no se explica inmediatamente, sin más, aunque no sea por completo inesperado. Creo que este efecto disciplinante tiene como consecuencia inmediata el que no se produzca ningún vuelco extremo en las elecciones; pero tiene también una consecuencia de alcance mucho más amplio, a saber, que evoca en la población un sentimiento de fondo conservador, el cual tiene un eco cultural entre los intelectuales y en la retórica de los partidos. Esta corriente neoconservadora que hizo su aparición al principio de los años setenta se ha ido reforzando enormemente, desde, luego, al tomar como base la circunstancia económica mentada.

—*En 1973 pronunció usted una conferencia en el Goethe Institut de Roma con este título: Was heisst heute Krise? Cinco años después mi pregunta es: ¿qué significa hoy crisis?*

—Yo diría que en los últimos años se ha puesto de manifiesto que el mecanismo de la crisis sigue teniendo todavía su origen en el sistema económico, pero que el estado del bienestar —y en cualquier caso el capitalismo orientado en el sentido del *Welfare State*— ya no permite que la crisis salga a la luz de forma *inmediatamente* económica. Precisamente en épocas de recesión y en tiempos de gran desocupación el intento de integración cultural y social es, en cambio, el verdadero ámbito en el cual pueden manifestarse fenómenos críticos. Los años recientemente transcurridos me han confirmado en

la convicción de que ni siquiera la parte de los estratos organizados de los trabajadores que actúan racionalmente y moviéndose conforme a un expresivo fin, los sindicatos, o, aquí entre nosotros, el partido socialdemócrata, pueden convertir las tendencias inherentes a la crisis económica en reacción política. Creo más bien que esas tendencias críticas se imponen de forma muy mediada, esto es, de manera tal que sobrecargan los mecanismos de la integración social y cultural. Eso significa que en la actualidad es menester un "dispendio ideológico" mayor que en épocas de desarrollo capitalista con una tasa baja de desocupados. Este dispendio ideológico opera en dos direcciones: por una parte, se acentúa de manera increíble la ética del trabajo, es decir, se asiste a la rehabilitación de comportamientos competitivos, de la rivalidad en las prestaciones, así como a la exaltación de virtudes simplemente relacionadas con una alta movilidad en el mercado de trabajo. Esto quiere decir que hay que enseñar a la gente a aceptar trabajos que en otro caso no haría por gusto o para los cuales no tiene la preparación necesaria. Se vuelve a poner el acento, por tanto, en la ética de la prestación y en las virtudes instrumentales, orientación ésta que penetra profundamente en la gente ya desde los primeros años de escuela basta convertirse en dominante en el sistema escolar.

La otra dirección que hoy exige un "dispendio ideológico" es la relativa a una revitalización de virtudes y valores tradicionales, en primer lugar del elemento privado, impolítico o apolítico, que tiene su reflejo literario en un nuevo subjetivismo, en un renacimiento, agradable por cierto, de la lírica y de la novela, las cuales pasan a ocupar el lugar de obras crítico-analíticas de la época histórica, de obras especializadas, sociológicas o politicológicas. Ésta es una forma de reaccionar retóricamente contra la burocratización y contra las negativas consecuencias del crecimiento capitalista. Yo pienso que hay que tomarse en serio esa porción de la propaganda de derechas que apunta a verdaderas necesidades y que ofrece una interpretación conservadora de problemas reales. Tanto en el caso de la crítica del burocratismo como en la revalorización de formas de vida tradicionales; esto es, en las reacciones espontáneas no sólo frente a la destrucción del medio ambiente sino también contra los peligros derivados de la industria atómica, e incluso en el caso de las reacciones ante las reformas escolares introducidas por vía administrativa, se manifiesta un problema de fondo que jugó un gran papel en Marx y también en Weber. El problema es éste: que, como consecuencia del desarrollo capitalista y de un proceso de acumulación por supuesto no conducido políticamente, poco a poco las formas limitadas de la racionalidad económica, y también las de la racionalidad administrativa que es funcional a este sistema económico, penetran en esferas de la vida cada vez más amplias y al mismo tiempo las reestructuran, pese a que de suyo estas esferas o estos sectores tenderían a inclinarse hacia formas de

racionalidad completamente distintas, esto es, hacia formas práctico-morales o procesos de formación democrático-participatorios de la voluntad. Necesitaríamos, pues, formas de relación en las cuales se pudiera expresar más subjetividad, más sentimientos, es decir, formas de relación en las que se tuvieran más en cuenta los comportamientos emocionales.

Se puede decir, en conclusión, que ese mayor "dispendio ideológico" del que he hablado tiene por finalidad dar una interpretación conservadora de problemas que, en cambio, son propiamente consecuencias secundarias, disfuncionales, de un crecimiento capitalista políticamente no controlado.

—*En esa marca habría que situar, en mi opinión, los fenómenos de protesta aparentemente impolíticos que parecen caracterizar la fase actual de la vida política en los países occidentales.*

—Está el dato nuevo de eso que yo llamo "potencialidades de protesta". La novedad aquí, en Alemania —tal vez en Italia sea distinto—, radica en el hecho de que ha enmudecido el potencial de protesta que dominó la escena entre el final de los años sesenta y el principio de los años setenta, aquel potencial que se desarrolló en las universidades llegando a afectar a estratos de jóvenes trabajadores y aprendices. Ese hecho hay que computarlo también entre las consecuencias disciplinantes de la crisis. En lugar de aquel potencial ahora tenemos, de un lado, la aparición de formas dominadas por el terrorismo y, de otro, las corrientes —no tan dramáticas pero igualmente emocionales— de una protesta neopopulista. Éstas son la expresión del dato fáctico de que los partidos tradicionales y la burocracia sindical no están en condiciones de canalizar suficientemente los conflictos ni de reducir a problemas específicos los temas relevantes. En estas protestas veo el signo de una insatisfacción que se manifiesta como extrañamiento respecto del sistema de partidos como tal. En ese sentido contamos ya con otros indicadores; por ejemplo, conocemos sondeos de opinión que muestran que, en cualquier caso, una parte relevante de la población está descontenta del sistema de partidos, y no de este o aquel partido, de tal o cual política. En el caso de la República Federal Alemana es la primera vez que esto ocurre desde el final de la guerra. Ya ha sucedido en otros países, por cierto, que esas potencialidades de protesta se canalizaron en un sentido pequeñoburgués; basta con recordar el poujadismo o ciertas especies de partidos contra los impuestos. Por el momento entre nosotros no existe una canalización de ese tipo y asistimos todavía a los primeros intentos de fundar partidos económicos. Ello no obstante, estoy convencido de que en el momento en que dichas corrientes se organizan en partidos se pone de manifiesto que aquellas potencialidades de protesta no pueden ser organizadas precisamente de esa forma. En efecto, las susodichas potencialidades se caracterizan justamente por el hecho de que no permiten su expresión en las formas de una protesta parlamentaria canalizada e interpretada por los

partidos sin que, con ello, las bases adherentes no se sientan engañadas.

—*¿Quiere eso decir que usted piensa que en este caso sería imposible o irrealizable un proyecto de organización o de "parlamentarización" de esas protestas?*

—Se trata de potencialidades de protesta que no son homogéneas y que resultan difíciles de analizar: movimientos antinucleares, iniciativas cívicas que se configuran a impulso de los movimientos más diversos, como, por ejemplo, en el ámbito municipal, para impedir que una autopista destruya o atraviese un barrio residencial. Si se me preguntara cuáles son las causas que motivan estas protestas, yo contestaría situando en primer lugar la reacción contra un proceder basado en medios y métodos administrativos. Tomemos por ejemplo las reacciones frente a las reformas del aparato educativo. En este caso los padres reaccionan frente a la desposesión de algo que siempre han considerado como un terreno *que les pertenece por naturaleza* y que ahora se les sustrae como consecuencia de la ampliación de las competencias administrativas. Por eso no estoy tan seguro de que no se reaccione también a reformas "de derechas": mucho más que los contenidos, lo que provoca reacciones es la forma administrativa que adopta el procedimiento de intervención.

A la pregunta de si existe algo en común entre estos movimientos de protesta, yo diría que, evidentemente, en los últimos años ha aumentado la sensibilidad y con ella la disponibilidad para la protesta contra esos efectos del crecimiento capitalista que he llamado secundarios y disfuncionales. Lo cual significa que se ha acrecentado la conciencia de la "infiltración" capitalista en sectores de la vida hasta hoy asegurados por la tradición y en los cuales no dominaban los valores de la sociedad capitalista (competencia por el *status*, impulso a la prestación, instrumentalismo, etcétera) . Se trata, por tanto, de corrientes que no representan el potencial de protesta clásico descrito por el marxismo, aunque, naturalmente, en ellas se hallan implicados también los trabajadores. En cualquier caso, la componente social de dichas corrientes no es homogénea. Por ejemplo, en la lucha contra las centrales nucleares se mezclan componentes campesinas conservadoras de la población pero también del *establishment* agrario, como los farmacéuticos, los médicos, los maestros o los abogados. Y junto a ello hay una componente de izquierda representada por estudiantes y jóvenes, obreros, herederos del 1968.

—*No creo, sin embargo, que eso pueda valer para el movimiento de las mujeres, que es en la actualidad un fenómeno mundial.*

—El movimiento de las mujeres se diferencia estructuralmente de este proceso en varios aspectos. En primer lugar representa, desde luego, un potencial muy grande. No se nutre de motivaciones ocasionales, sino que arranca de un problema central: la igualdad de derechos. En segundo lugar, forma

parte tanto de la tradición burguesa del movimiento de emancipación como también de la tradición socialista. Desde el punto de vista ideológico el movimiento de las mujeres puede ser situado entre los grandes movimientos orientados de manera universalista por el principio de la igualdad. Esto no vale, en cambio, para los otros movimientos.

—Pero las mujeres van más allá de la exigencia de igualdad (aspecto en el que este movimiento coincide con las críticas al marxismo entendido como mera teoría de la igualdad social) y hablan de liberación.

—Eso es muy justo; pero existen también semejanzas evidentes con los procesos que he descrito antes. El conflicto social que hay detrás del movimiento de las mujeres está vinculado al hecho de que el proceso económico capitalista ha ido violando una reserva en cierto modo todavía protegida por la familia burguesa en las sociedades occidentales y señaladamente en las capas medias de éstas. Está claro que en la actualidad las mujeres están pasando a formar parte del ejército de reserva del mercado de trabajo —cosa que hasta ahora sólo ocurría con la clase obrera— y que este proceso afecta cada vez más a estratos burgueses. Se trata, por consiguiente, de un conflicto paralelo pero que ya no puede ser interpretado de forma tradicional. Hay, además, un elemento que diferencia radicalmente el movimiento de las mujeres de los otros movimientos. A saber: estos últimos pueden ser interpretados, por así decirlo, bajo el aspecto de la conservación y de la refiguración de lo que ha sido; en cambio, para las mujeres no hay *posibilidad* alguna de ese tipo, no hay ningún *status quo* anterior que pueda ser deseable o que convenga restablecer. Por eso en el movimiento de las mujeres existe *a priori* un potencial crítico.

—De todas formas, si es cierto que estos conflictos no reproducen inmediatamente la imagen clásica marxiana del conflicto de clase, también es verdad que siguen derivándose de causas estructurales ligadas al desarrollo capitalista. La consecuencia de ello es la ampliación de la tarea política consistente en volver a juntar los nexos entre causa y efectos en la práctica y en la conciencia.

—Nosotros, en tanto que marxistas, tenemos planteado el problema de interpretar las experiencias que en dichos movimientos se articulan, de tal manera que nuestra lectura pueda ser aceptada por los estratos que se han movilizad o de una forma inmediata; esto es, el problema de cómo es posible dar credibilidad a nuestra hipótesis según la cual estos movimientos son fenómenos motivados por el desarrollo capitalista políticamente incontrolado. Pues si no sucede esto, entonces esos potenciales de protesta pueden ser canalizados muy fácilmente dentro de un partido de orden, conservador. Por ejemplo, en la República Federal Alemana los demócratacristianos, e incluso la CSU bávara, utilizan la

expresión "administración humana" para instrumentalizar el potencial crítico contenido en la reacción frente a la burocracia.; y lo hacen, obviamente, en un sentido conservador. Por el momento esa perspectiva no es inminente, pero podría darse teniendo en cuenta que estas potencialidades críticas no son capaces de organizarse; y yo no creo al respecto que sean de naturaleza tal como para producir por sí mismas organizaciones capaces de operar conforme al fin. Por sí solos lo único que estos movimientos pueden producir propiamente es un *rompimiento*, esto es, según las circunstancias, un rompimiento disfuncional respecto del sistema de los partidos organizados. Y si se llegara a un punto en que esta tendencia al rompimiento se reforzara, entonces lo decisivo será saber actuar y cómo hay que actuar. En línea de principio existen dos reacciones posibles: una que lleva a una fuerte descentralización de la formación de la voluntad política y a la implicación en ella de esferas de la vida que hasta ahora han sido consideradas meramente como privadas, o no políticas; la otra reacción posible, en cambio, va en la dirección de un partido de orden, conservador, en situación y con capacidad de resolver todos estos problemas por vía administrativa, y de aprovechar meramente aquellas potencialidades para la legitimación de una suspensión de los derechos democráticos y, en ciertas condiciones, incluso de las evidencias del derecho del estado de derecho.

—A mí me parece que se delinea también una vía "extremista" que oscila entre autonomía y corporativismo, entre defensa de la propia alteridad radical como forma y contenido de una estrategia política y, al mismo tiempo, utilización y dilatación del Welfare; esto es, entre rechazo de la política como forma absoluta de mediación/integración y utilización corporativa de ciertas conquistas, de ciertos espacios políticos.

—El deshilachamiento y la crisis de las instancias centrales, incluidas las burocracias centrales de los partidos, es un proceso altamente ambivalente; tanto puede desarrollarse en dirección a un corporativismo neofascista como reforzar las tendencias anarquistas hasta el punto de provocar reacciones que nadie puede desear o querer. Con ello quiero reafirmar que no se trata de un proceso carente de peligro al cual haya que apoyar ciegamente. Por el momento lo que veo es que existe un problema con respecto al cual los partidos de izquierda han de operar razonablemente. No es sencillo decir, ciertamente, *cómo* deben hacerlo. Por una parte, tendrían que llevar a cabo una actividad tendiente al "esclarecimiento" de manera que las potencialidades no se degraden en sentido corporativo. En segundo lugar, y en la medida en que resulte posible por la competencia con los otros partidos y dentro de los límites de un aparato estatal que sigue siendo centralista, tendrían que descentralizar y hacer flexibles las propias formas organizativas a fin de que éstas sean realmente capaces de *absorber*

las potencialidades críticas autónomas y de *hacer presa* de ellas. Cuanto antes se llegue a eso tanto más factible será evitar que las potencialidades críticas, abandonadas a los propios impulsos, se hagan destructivas. Pero como no tengo ninguna receta preparada al respecto, lo que digo no es más que una hipótesis. Si se me permite hablar de cosas que conozco sólo de lejos, pienso que también el PCI puede encontrarse en una situación crítica en la cual se convertiría en el equivalente funcional de un partido de orden, autoritario. Pues, en efecto, tales constelaciones histórico-políticas toman forma rápida e inesperadamente. La probabilidad de que esto ocurra será tanto menor cuanto más en condiciones esté el PCI de descentralizar su organización en su estructura íntima, aunque es absolutamente claro que eso limitará en primera instancia su libertad de decisión y de movimiento. Pues sé muy bien que toda burocracia tiene también sus efectos racionales. No hay, por lo tanto, soluciones fáciles; lo único que puedo esperar es que el PCI sea capaz de dar un ejemplo positivo acerca de cómo operar ante esas potencialidades. Y eso que todavía no hemos hablado del terrorismo, el cual hace estas cuestiones desgraciadamente más difíciles.

—Pero frente a estas potencialidades críticas está emergiendo también una ideología neoliberal que propone, de palabra, hacer retroceder, digámoslo así, las manecillas del reloj de la historia a antes de Keynes, y que, en los hechos, trata en cambio de instrumentalizar la crisis del Estado asistencial para imponer una determinada línea de política económica.

—Por lo que hace a las posiciones de la derecha el conflicto propiamente dicho se está desplazando desde el keynesianismo hacia un nuevo monetarismo o hacia orientaciones como la de Friedmann. Naturalmente eso tiene su correspondencia política en ideas que apuntan a la demolición del Estado del *Welfare* y a la limitación de la burocracia. Si se impusiera esa línea, entonces los sindicatos —incluidos los de la República Federal Alemana— no tendrían más alternativa que desarrollar una estrategia ofensiva, con lo cual saldría a la luz el conflicto de tipo clásico que permanece oculto bajo el velo del neokeynesianismo. Es realmente imposible imaginar se una desarticulación del *Welfare State* que no provocase reacciones por parte de las organizaciones clásicas de los trabajadores. Y precisamente por eso no lo considero probable o inminente. Lo probable es más bien que se siga hacia adelante como se pueda, probablemente más mal que bien, con formas de keynesianismo modificado. Un gobierno que tratara de proceder de otro modo tendría que ser capaz de movilizar potencialidades conservadoras muy fuertes, con lo cual nos encontraríamos en una situación muy distinta dula actual, esto es, mucho más cerca de una movilización de potencialidades fascistoides.

Creo poder decir, en conclusión, que a plazo medio el sistema económico logrará convivir

perfectamente con estas dificultades. `La verdad es que se logrará hacer "normal" lo que hace algunos años parecía un dato explosivo. Pero con una condición: que el sistema de seguridad social siga vigente. Pues éste se halla actualmente en un *stress* y no es fácil, ciertamente, mantenerlo en pie en tales circunstancias. Sin embargo, es justamente ese endeudamiento, es decir, el desplazamiento del conflicto hacia adelante en la dimensión temporal, lo que hace posible el mantenimiento de la paz social. La capacidad de adaptación del capitalismo es muy fuerte; se trata de un sistema increíblemente flexible y que hasta ahora ha encontrado reservas precisamente en la dimensión cultural y motivacional. Es sorprendente cómo ha sido capaz de conjugar formas de integración social. Esa era, por lo demás, la vieja idea de los teóricos frankfurtianos de los años treinta. En efecto, cuando éstos llegaron a Estados Unidos intuyeron que lo que había que explicar no eran tanto las manifestaciones de la crisis cuanto la capacidad de integración cultural. Todavía hoy sigo considerando de la mayor importancia ese planteamiento del problema. Los conflictos son producidos por mecanismos económicos en la actualidad suficientemente analizados. La verdadera cuestión es ésta: ¿Cómo son amortiguados dichos conflictos y puestos bajo control o desplazados hacia sectores y zonas marginales del sistema? y ¿qué otros conflictos se han instalado en el lugar de aquel conflicto- central?

La verdadera cuestión, tal vez la única, es la de si los problemas económicos se harán de tal magnitud que este modelo que vive de "pequeñas crisis" no podrá ya funcionar, posibilitándose así una crisis de dimensiones clásicas. Falta por ver cómo acabaría ésta; y, por otra parte, vistas las grandes probabilidades de un término fatal de la misma, no pienso que haya que invocar ligeramente una "gran crisis" o poner las esperanzas en ella.

—Probablemente el análisis debería ser distinto por lo que hace a Italia y, quizá, por lo que hace a otros países de la Europa mediterránea en los cuales el peso, el papel y la estrategia del movimiento obrero son diferentes, como lo es también el margen de maniobra de la política económica. De todas formas, con lo que usted ha dicho se confirma la tesis —intuida por Gramsci, por lo demás— de la enorme dilatación de lo político a partir del final de los años veinte así como de las posibilidades que la burguesía tiene de utilizar políticamente la crisis. Como resultado de ello se hizo definitivamente obsoleta toda lectura economicista de la obra de Marx, lectura que, sin embargo, parece renovarse en posiciones "ortodoxas" con las que usted ha polemizado explícitamente.

—El verdadero elemento que me distancia del análisis marxista tradicional consiste en el hecho de que hoy no estamos en condiciones de hacer previsiones claras utilizando los instrumentos de la crítica de la economía política. Pues habría que seguir presuponiendo una autonomía del sistema económico

como algo que se autorreproduce, cosa en la que no creo. Precisamente por eso, en cambio, las leyes del sistema económico ya no son idénticas a las analizadas por Marx. Lo cual, obviamente, no quiere decir en absoluto que el análisis de dicho mecanismo no haya sido exacto, sino que significa que este análisis sólo sigue siendo válido en la medida en que no se omita la interferencia del sistema político, o cómo es determinada ésta, a su vez, por mecanismos económicos. Tal es la razón por la que no estoy de acuerdo, por ejemplo, con los análisis de Altvater. Considero, por el contrario, el problema como una cuestión empírica a la cual se puede responder en línea de principio, pero sobre la que todavía no hemos desarrollado un análisis suficiente. Este sistema que realiza la interacción de economía y *Kulturstaat* resulta ser un sistema muy complejo que hay que analizar en detalle. Un análisis puramente económico no permite ya establecer pronósticos. Se podría decir que para hacerlos necesitamos un equivalente funcional de la teoría de Marx. Pero no lo tenemos; cada uno de nosotros trabaja y se esfuerza por penetrar estos sistemas que se han hecho mucho más complejos. En cuanto a los mecanismos internos del sistema económico propiamente dicho, puede afirmarse que hoy son relativamente transparentes o, mejor aún, tan transparentes que no se necesita ninguna gran economía política o ninguna crítica de la ideología para comprender cómo funcionan.

Basta con mirar el noticiero televisivo para que todo el mundo comprenda que, por ejemplo, en la República Federal Alemana se sigue una política económica que viola las reglas y los principios de la programación global y que se trata de influir en el comportamiento de los empresarios respecto de las inversiones solamente con instrumentos indirectos. Consecuentemente con ello, y para volver a "poner en movimiento la acumulación", se enumeran alternativas desfavorables para la población trabajadora. En la actualidad todo el mundo tiene claro que los empresarios tratan de aprovechar en beneficio propio la difícil situación por la que pasamos.

—No creo que todo esté tan claro para todos. Incluso en Italia, donde la conciencia y la lucha de la clase obrera son ciertamente más avanzadas que las de los obreros alemanes, no es por sí misma evidente la falsedad —al menos desde un punto de vista estrictamente económico— de la tesis defendida por determinados sectores empresariales según la cual si los obreros se contentaran con ,bajos salarios habría con seguridad mayores inversiones :y más puestos de trabajo.

—Desde luego. Hay toda una serie de hechos, de afirmaciones económicas y frases que requieren crítica. Lo único que quería decir es que resulta evidente para todos que por vía indirecta no se logra influir en el comportamiento de los empresarios. Desde este punto de vista el sistema se ha hecho más transparente. En cambio, si consideramos la interrelación de los mecanismos económicos con los

político-culturales hay que decir al respecto que éstos se han hecho más complejos e impenetrables, incluso para los científicos.

—Estando de acuerdo en el hecho de que existe un paralelismo entre la crisis económica y la manifestación de fenómenos que revelan una crisis de identidad, y puesto que nos hallamos en una crisis de racionalidad, el verdadero problema que ha de interesarnos es saber por qué ese proceso no acaba convirtiéndose en una crisis de legitimación propiamente dicha.

—Por el momento yo hablaría de las *tendencias claras* de la crisis. Las dificultades para superar por vía administrativa las tendencias económicas relativas a la crisis están ahí, ante los ojos de todo el mundo. Pero de ello no se deriva en absoluto una fuerte corriente contra la legitimación. Al menos entre nosotros, en la República Federal Alemana, el *management* de la política económica ha estado representado públicamente de modo muy eficaz. Y las consecuencias inmediatas de esta representación son, de una parte, el proceso de intimidación y el efecto disciplinante de que hablábamos antes, y, de otra, tal vez un reforzamiento del cinismo o de una actitud cínica ante la forma de funcionamiento del sistema y el modo en que éste redistribuye sus costos. Es evidente, pues, un cierto extrañamiento respecto del sistema político, cuyos indicadores hemos analizado antes. Pero, por lo demás, no se puede hablar en absoluto de una verdadera crisis de legitimación: la gente sigue yendo a votar y vota en su gran mayoría por los partidos tradicionales. Al contrario, si pasamos por alto el fenómeno del terrorismo y sus consecuencias en el sentido de una desestabilización moderada-reaccionaria, creo que una crisis de legitimación significaría un verdadero vaciamiento del sistema de partidos tradicional y la formación de un nuevo partido con fines que por lo menos trasciendan el sistema económico. Pero esto no ocurrirá mientras las corrientes neopopulistas no hayan crecido hasta tener una consistencia muy distinta y representen un desafío propiamente dicho; o hasta que no se dé esa situación de la que hablábamos hace un momento, esto es, la puesta en práctica por parte del gobierno, y por motivos económicos, de una política económica que desafíe abiertamente a los sindicatos.

Al hablar precisamente de la "crisis de legitimación" ha afirmado usted que la ampliación de las posibilidades de actuación democrática de los ciudadanos serviría para impedir una posible desintegración de la sociedad. Pero ¿es realmente posible una respuesta democrática a la crisis de Sociedades complejas, o bien estas mismas complejidad impone inevitablemente la dirección de los especialistas y las decisiones heterónomas respecto de los ciudadanos? ¿Es posible que la "ingobernabilidad" de las democracias occidentales favorezca una democratización red, una

socialización de la política, o por el contrario, es inevitable la victoria de los expertos y de la tecnocracia, de la complejidad sobre la democracia?

—Soy de la opinión de que una mayor democratización, en el sentido de una descentralización de los actuales mecanismos de decisión y de una participación en decisiones hasta hoy tomadas privada o administrativamente, tendría dos tipos de consecuencias. De un lado, la democratización así entendida podría pagarse, ciertamente, con una pérdida de eficiencia. Esto no *debe ser* necesariamente así, pero *puede ser* así. Tal es la objeción de los teóricos de los sistemas actuales. Éstos afirman que los sistemas complejos sólo pueden cambiar la forma de funcionamiento y basarse en la participación a la hora de las decisiones a costa de su funcionalidad y de su racionalidad. Hay tantos elementos de verdad en esta objeción que la discusión entre marxistas no puede olvidar reflexionar acerca de la cuestión de si hoy, en las condiciones actuales, socialismo puede significar todavía verdaderamente una reestructuración democrática *total* de arriba abajo, y viceversa, esto es, una transformación de la economía capitalista de acuerdo con modelos de autogestión o de administración democrático-consejista. Yo no lo creo, y pienso que ya sería suficiente con introducir *arriba*, en el sistema económico, las decisiones de base sobre la estructura productiva casi como premisas políticas, y *abajo*, esto es, en la producción misma, democratizar las decisiones que tiendan a materializar todos los imperativos que ya hoy se quisieran poner en práctica en el capitalismo mediante la humanización del mundo del trabajo.

Me pregunto, y ésta es una cuestión empírica que ciertamente no puede resolverse de manera abstracta sino sólo gracias a una práctica experimental, si en el seno del sistema económico no se debe preservar parte de la actual complejidad, y limitar las formas de la formación discursiva de la voluntad política sólo a las estructuras decisivas y centrales del poder político; prescindiendo de la organización del trabajo propiamente dicho, se trata de unas pocas decisiones fundamentales (pero que hay que tomar continuamente) que conciernen a la estructura productiva y, evidentemente, también a la distributiva.

Estoy convencido, por otra parte, de que no se exige la democratización para aumentar la eficacia del sistema sino para cambiar las *estructuras* del poder y, en segundo lugar, para activar un proceso de definición de objetivos que, con decisiones administrativas u orientadas según el poder, sigue una dirección errónea o no funciona; Se puede probar que determinadas necesidades colectivas no pueden ser satisfechas mientras que lo que decida sean procesos orientados al poder o la administración. Éste es el verdadero motivo de por qué se democratiza y explica también por qué las necesidades que se expresan en la forma de movimientos autónomos se articulan de manera *no* organizada: porque hasta

ahora los mecanismos decisorios tradicionales allí no funcionan.

Así pues, aun prescindiendo del hecho de que determinadas ideas relativas a una convivencia digna en general del hombre sólo pueden ser realizadas si las decisiones fundamentales son tomadas por aquellos mismos hombres que al fin y al cabo las deben soportar, e incluso prescindiendo también de la afirmación de la democracia como valor en sí, el actual sistema produce suficiente material demostrativo en favor de la tesis de que se defiende la democratización, la mayor participación y la descentralización de los procesos de formación de la voluntad precisamente porque se ve que *mercado + administración* no pueden satisfacer una gran serie de necesidades colectivas.

—La crisis de los años treinta se saldó con un aumento del poder del gobierno y de la administración sobre los organismos democráticos de formación de la voluntad política tanto en el Este como en el Oeste, aunque obviamente con formas radicalmente distintas, como el New Deal y el nazismo o el fascismo. Habría que ver si hoy, por el contrario, es posible salir de la crisis actual en la dirección opuesta, mediante la dilatación de la democracia. El eurocomunismo es, precisamente, reflexión acerca de los errores históricos del movimiento obrero que produjeron el stalinismo, pero también búsqueda de una vía democrática al socialismo, búsqueda de las formas de una transición no entendida como rompimiento repentino y absoluto sino como proceso que garantice al mismo tiempo más participación y poder democrático.

—Hay que partir del dato de que sistemas sociales tan complejos como las sociedades capitalistas altamente desarrolladas producirían realmente un caos si se intentara transformar sus estructuras fundamentales de la noche a la mañana. Por eso tiene usted toda la razón; sólo puedo imaginarme hoy la revolución como un proceso a largo plazo que haga posible: a] una transformación experimental, esto es, vinculada paso a paso a los éxitos y a los fracasos de las estructuras decisorias centrales; b] al mismo tiempo (y esto tiene que ser simultáneo si es que no hay que ponerlo como, premisa) una "aclimatación" a las formas de vida democrática; una ampliación gradual de los espacios de acción democrática en los que cabe la decisión, así como de los espacios participativos y discursivos. De este modo se impide particularmente que en situaciones críticas se pueda recurrir con éxito a la moción de los "afectos", recurso del que siempre se ha valido el fascismo. En efecto, precisamente en periodos de transformación de sistemas sociales complejos es particularmente grande el peligro de que algún partido invoque el miedo, la inseguridad y la latente disposición al prejuicio que se oculta en cada uno de nosotros y que encuentren consenso y apoyo determinadas "consignas" y pueda delinearse una alternativa fascista o, en todo caso, una alternativa autoritario-administrativa.

Esas son las dos condiciones mínimas que hay que respetar si se quiere realizar un proceso de transformación cauto y a largo plazo. Se trata de algo muy difícil para lo que se necesita un partido increíblemente inteligente.

—*Móvil y no burocratizado, habría que añadir.*

—Un partido que se expone a sí mismo en este proceso de democratización, con todas las consecuencias; esto es, que se expone al riesgo de debilitar e incluso de perder capacidad de acción burocrática. Naturalmente, también en este caso se trata de un proceso empírico respecto del cual la tarea de la teoría puede consistir a lo sumo en hacer visibles las alternativas frente a las cuales nos encontramos.

—*Y señalar las posibles soluciones analizando las conexiones entre saber y poder, hacer una física y una microfísica del poder. Sólo así puedo explicarme el gran interés existente hoy en Italia, y en otras partes; por la elaboración de Foucault.*

—Foucault imagina que en el siglo XVIII se impuso en todos los campos de la vida una racionalidad burguesa y que hay que quitarla de en medio de manera abstracta. Lo que no me convence en eso es la negación adialéctica mientras que, en cambio, es preciso señalar que lo que Weber llamó "racionalización" y Foucault ha analizado ahora espléndidamente de un modo muy distinto, esto es, en el campo cultural y de las relaciones sexuales, la criminalidad y la locura, es decir, la racionalidad burguesa, es parcial y por eso mismo peligrosa. Y la es sobre todo porque se caracteriza por el hecho de universalizar una sola forma fundamental, la forma de la racionalidad instrumental económica y administrativa. Pero hay que estar atentos para evitar un nuevo irracionalismo; y en el caso de Foucault veo un cierto peligro de eso. . .

—*Pero Foucault ha dicho también cosas importantes: el marxismo tradicional ha subvalorado hasta hace poco lo que significa "poder" en la vida cotidiana; ha pensado que Estado y Poder coincidían, aunque a su manera ya Engels había sacado a colación a la familia. .*

—Considero el trabajo de Foucault como una contribución importante al análisis de las formas burguesas de dominación. Por lo demás, ésa es una temática en cuya investigación estoy directamente interesado. En efecto, creo que en la forma menos llamativa de la comunicación se hallan incorporadas relaciones de poder, y que con el instrumento del análisis de comunicaciones sistemáticamente distorsionadas se puede hacer algo análogo a lo que ha hecho Foucault en su análisis del discurso. Son éstas cuestiones ya tematizadas por el movimiento en favor de las reformas o también por el movimiento estudiantil, cuestiones que vuelven a estar de actualidad en los movimientos neopopulistas. El

verdadero problema es comprender qué es lo que se oculta detrás de ciertas instituciones como, por ejemplo, la de los ecologistas. En mi opinión, se trata en el fondo de la intuición de que se está quebrantando algo que, en mayor o menor medida todavía estaba abierto a una interacción libre. Por lo demás, precisamente en estas esferas de la vida tradicional, no penetradas todavía totalmente de manera capitalista, aún existían probablemente formas simétricas de interacción.

Así pues, se trata de no limitar la crítica de las relaciones de poder a aquellas instituciones en que este poder resulta manifiesto; no limitar, por tanto, la crítica sólo al poder político o social, sino ampliarla también a aquellos campos de la vida en los cuales el poder se oculta bajo el rostro amistoso de la obiedad cultural. Cuestiones, éstas, intuitivas y analizadas ya por los "viejos frankfurtianos", y señaladamente en la *Dialéctica del Iluminismo*, o por Marcuse en sus textos sobre el movimiento de las mujeres.

—*Me parece que, en resumen, usted sugiere una ampliación del horizonte crítico, una extensión de los territorios por investigar que seguramente va más allá de un cierto marxismo, pero que esto no significa ni abandonar a Marx ni menos aún reducirlo al que se nos está proponiendo en los últimos años, a ese filósofo de la historia enemigo de la sociedad abierta y teórico del totalitarismo.*

—Esto último es, efectivamente, una pura imbecilidad; probablemente los "nuevos filósofos" son sólo la expresión de una experiencia generacional. Al igual que en 1968 pensaron ahistóricamente, siguen pensando ahistóricamente hoy y creen corregir un viejo error cometiéndolo de nuevo. Esa gente no es capaz de ver en una tradición teórica, la de Marx, y en la práctica política del movimiento de los trabajadores algo a lo cual hemos de vincularnos hoy, en la situación actual, con conciencia histórica. Lo que los "nuevos filósofos" presentan hoy cómo una novedad, a saber que no puede haber socialismo sin una apropiación radical y consecuente de cuanto produjeron los movimientos burgueses de emancipación, señaladamente del potencial emancipatorio de los derechos burgueses, es algo que el marxismo occidental ha sabido siempre por encima de lo que los partidos stalinistas, incluido el PCI en un determinado periodo, hicieron. Esa gente se limita, pues, a fabricar antimarxismo cuando podían haber aprendido de Lukács, de Korsch, de Gramsci y de los "viejos frankfurtianos" la identidad existente entre libertad y socialismo.

—*Además la historia del marxismo, del mejor marxismo, ha sido siempre historia de su revisión y de su crítica.*

—Considero a la llamada *nouvelle philosophie* como un fenómeno literario y generacional sin más. Al menos habría que haber sabido que la crítica al stalinismo no ha empezado con ella.

—Podría hacerse un balance abordando la cuestión que ha quedado en suspenso a lo largo de toda esta conversación y que es tal vez la que más nos apremia hoy. Pienso en el fenómeno del terrorismo. En éste se precipitan todos los elementos de esa crisis estructural, espiritual e institucional de que hemos hablado y que, en ciertos aspectos, imprime caracteres temiblemente nuevos al problema de los intelectuales y, por tanto, al problema de las nuevas generaciones.

—Habría que intentar analizar el terrorismo como un fenómeno de reacción paralelo al de las corrientes neopopulistas, frente a la abolición de la política mediante la administración, esto es, frente a la reducción de la política, por un lado, a administración y, por otro, a puras aclamaciones. Tiene mucho interés preguntarse cuáles son las dos direcciones en que puede reaccionarse ante ese proceso de contracción de la política. Una dirección consiste en el intento de reintroducir elementos estéticamente expresivos; la otra dirección, en introducir más abiertamente elementos morales. En ambas direcciones existe una variante autoritaria y una variante antiautoritaria. El ejemplo clásico de intento autoritario de estetización de la política es el fascismo. Ejemplos de una estetización antiautoritaria hay en determinadas formas de anarquismo. El caso de la moralización es parecido. La versión autoritaria del intento de moralizar la política conduce a las formas despótico-autoritarias de una política dirigida contra el estado del *Welfare*. El intento antiautoritario de *volver a moralizar* la política apunta a la democratización, a la descentralización y a posiciones socialistas. Si se acepta ese esquema, hay que preguntarse dónde situar las acciones terroristas.

Aquí, en Alemania, la moda del momento consiste en afirmar que los terroristas son los hijos de un moralismo orientado en la dirección equivocada. Yo no lo creo así. Hablo, obviamente, sólo de Alemania donde los actos terroristas tienen de manera acentuada el carácter del *show*, un carácter de representación y de autogratificación. Dicho de otro modo, no son en realidad comportamientos instrumentales en función del objetivo. Si es así, y si se piensa en el extraordinario nivel de militarización, disciplina y disposición a la sumisión propias de las organizaciones terroristas, entonces yo sería más bien de la opinión de que hay que interpretar este "juego terrorista" existente actualmente en la RFA como contrapolo del fascismo, o sea, de que hay que verlo como la versión autoritaria del intento de reintroducir elementos estéticamente expresivos en la política, como un *small scale underground*. El terrorismo no es algo que haya caído del cielo, es un fenómeno estructural; y el hecho de que este fenómeno, al menos como terrorismo de un determinado tipo, se manifieste en formas más graves en naciones como Alemania, Italia y Japón puede explicarse, evidentemente, teniendo en cuenta que en dichos países las culturas políticas son menos estables que en otros lugares, tienen menos

agarraderos históricos, y por ello registran reacciones más extremas a ciertos fenómenos culturales frente a los cuales se hallan igualmente otros países. Aunque esta afirmación sea muy impopular, hemos de decir que el terrorismo no es un fenómeno irracional sino un fenómeno que hay que incluir dentro de los intentos de reaccionar ante el mismo fenómeno estructural. El terrorismo es, pues, a su modo, un intento de reafirmar el factor político frente a la pura administración.

[Tomado de *Materiales*, n. 11, Barcelona, 1978. Traducción F. Fernández-Buey]